

EL FUTURO SIEMPRE ESTUVO AQUÍ



Inestable

conabio

EL FUTURO SIEMPRE ESTUVO AQUÍ

PLAN NACIONAL DE LECTURA EN BIBLIOTECAS POPULARES

Argentina Crece Leyendo

conablp
Consejo Nacional de Bibliotecas Populares

Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación

Presidencia de la Nación

[2010]

Autoridades

Presidente de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidente

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 / 4511-6276 / 0 800 444 0068 | www.conabip.gob.ar

EL FUTURO SIEMPRE ESTUVO AQUÍ

Antología de Cuentos

Holmberg, Eduardo L.

El futuro siempre estuvo aquí / Eduardo L. Holmberg, Marcelo Cohen y Elvio E. Gandolfo. - 1a ed. - Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2011.
62 p. ; 19,6 x14 cm.

ISBN 978-987-1696-10-9

1. Narrativa Argentina. 2. Ciencia Ficción. I. Cohen, Marcelo; Gandolfo, Elvio E.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Ilustración de cubierta:

Pablo Bernasconi

Diseño de cubierta:

Laura Rovito

Diagramación:

Hola Estudio/ hola@holaestudio.com.ar

Colaboraron especialmente con esta edición:

Carlos Borro, Alejandra Mendé, Cecilia Vaillant, Mariel Leiva, Noelia Caracciolo, Guillermo Agüero, María Laura Ferrá y Julia Magistratti.

Obra registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor | Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-10-9

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Se terminó de imprimir en Latingráfica. Tirada: 20.000 ejemplares.

ÍNDICE

Prólogo 9

Fanni, Myra y El Sociólogo 13
Marcelo Cohen

Pegando la Vuelta 25
Elvio E. Gandolfo

Horacio Kalibang o Los Automatas 35
Eduardo Ladislao Holmberg

PRÓLOGO

El ejercicio de imaginar el futuro fue, a lo largo de la historia de la literatura y la ciencia, fuente de inspiración y creación. El porvenir es siempre incertidumbre y desvelo. Su horizonte crea imaginarios y sentidos para el presente. La vocación por pensar el futuro no es sólo patrimonio de artista y científicos.

Desde hace más de ciento cuarenta años, ciudadanos de nuestro territorio se organizan en torno al anhelo de brindar mayor equidad de acceso a la cultura y la lectura. Este deseo de una sociedad más igualitaria impulsó la fundación de Bibliotecas Populares a lo largo y ancho de todo el país, que hoy son espacios de inclusión social y multiplicadores de experiencias ligadas a la promoción de la lectura y de derechos.

La Bibliotecas Populares en su conjunto conforman un movimiento social único a nivel mundial que constituye un hecho inédito y particular. Su accionar expresa el esfuerzo mancomunado entre el Estado y la iniciativa de la sociedad civil unidos en la convicción de que el acceso a los bienes culturales es un derecho.

Es función del Estado garantizar acceso igualitario al conocimiento, y por ende a la ciudadanía, condiciones

fundamentales para el desarrollo del país. CONABIP es el organismo público dependiente de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, que conjuntamente con las Bibliotecas Populares, promueve tanto la difusión del libro y la lectura, cuanto la consolidación de espacios de acceso, inclusión digital y producción de contenidos.

CONABIP presenta el libro *El futuro siempre estuvo aquí* con el objetivo de seguir acompañando a las Bibliotecas Populares en su labor, brindándoles herramientas para fortalecer su tarea permanente de difusión del libro y la lectura entre vecinos, niños/as, adolescentes, jóvenes y en espacios no tradicionales (unidades penitenciarias, geriátricos, hospitales, entre otros). Este es un aporte más para realizar el anhelo del movimiento de bibliotecas populares: democratizar la lectura generando oportunidad de acercarse al libro y al acto lector, cualquiera sea el formato, a todos los ciudadanos.

María del Carmen Bianchi
Presidente
CONABIP

FANNI, MYRA Y EL SOCIÓLOGO

Marcelo Cohen

Una soberana nube cuelga a baja altura sobre la fronda del Parque Arcádico. Es voluble en sus grises, es artificial, y a veces se descarga en lloviznas que vuelven la vegetación más verde y más brumosa, como una idea demasiado fresca para aceptarla del todo. Más arriba, indiferente, el sol descascara los edificios que rodean las seis manzanas del Parque.

Empieza el verano en el hemisferio sur. Hace bastante calor. La variada decrepitud de los edificios indica la suerte mala o aceptable de unos comerciantes que en este momento no están, porque son las tres de una tarde de sábado. En las altas oficinas comerciales, carteles en manchú, yiddish, esloveno, árabe, finés, aymara y español se suceden como vestigios de empresas no del todo caducas. Por la embalsamada calle Pasteur dos chicas se acercan a la frontera del Parque Arcádico. Visten bermudas de vinilo y remeras reflectantes contra el sol. Caminan mordisqueando heladonios de kachú, indecisas entre la languidez desgarbada y el fastidio vivaz. Pueden tener dieciséis años. Pongamos que una se llama Myra y la otra Fan-

ni; es lo de menos para mí, que las conozco bien porque soy sociólogo.

Véanlas allí en la vereda del parque, debatiendo algo. Se tocan mutuamente las barrigas con dedos regañones. Resoplan o ríen. La inapetente curiosidad de jóvenes de hoy se les irradia en múltiples direcciones. Un pequeño turbotaxi que pasa al ralenti las envuelve en una estela de polvo fétido y el piropo guaso del chofer. El vendedor automático de abanicos murmura su reclamo en coplas mal rimadas. Las chicas parpadean. Por la explanada entran al parque ancianos vivarachos, inmigrantes taciturnos, periodistas o brokers adictos al ensueño, padres recientes, gente confiada en que el deseo natural los libere por un rato del yugo de la cultura. Hay en la humedad de la fronda una pulsación grave y algo coactiva, como si el alma del Parque llamara a los paseantes advirtiéndoles que si no entran reventará contra la calle.

A las chicas nada les parece entretenido ni comprensible. Están mirando a una patota de haraganes, no mucho mayores que ellas, que a diez metros de mi cabina tienen acorralado a un gatito que merodeaba el parque. Le escupen licor, lo azuzan con patadas y uno ya está ajustando el voltímetro de un lanzagujas eléctrico. Las caras les chorrean un desmesurado sudor de gula. El gato callejero, esa criatura que no se ha logrado reproducir en laboratorio, es letal cuando se enfurece, pero las uñas parvas de este gatito pardo aún no dan demasiado miedo. Los brutos bailotean.

No lejos de ellos está el guardia blindado. Firme en su reciedumbre, el tipo duda de que haya en la actitud de los muchachos un mal juzgable. Bajo el uniforme negro, dos capas de polímeros le cubren una interface que integra visión, comunicación y capacidad de fuego. Injertada a la sien derecha lleva una computadora de apoyo para análisis de situaciones y planificación táctica, y ahora, acomodándose el armamento, el guardia delibera internamente. No ha costado barato ese hombre, como para que intervenga por una fruslería. Los atorrantes ya han ensartado al gatito en una aguja y le asestan una descarga de ochocientos voltios. Cuando mi abuelo era joven se creía que muchos pobres violentos eran criminales; hoy un guardia no considera que estos muchachotes bien vestidos estén cometiendo un delito. Son simples Pepolos, criaturas de placer sin límites, hijos de una rigurosa educación en la Perversidad Polimorfa. Los estudios sociológicos me han enseñado que el Pervopolimorfismo no es una corriente clandestina ni una facción de ricachones; es una opción comunitaria como otras de nuestro siglo; una creencia, una vía a la felicidad por el gozo inmediato sin prejuicios. Un guardia democrático como éste carece de información para reprimir a unos pibes cuyo cuerpo caótico disfruta entero con el sufrimiento de un animalito. Los pepolos son fanáticos de la danza. Bailan tan bien que les basta admirarse mutuamente, o cada cual a sí mismo, razón por la cual a chicas como Myra y Fanni el baile ha empezado a repugnarlas, a tal punto que odian a los pepolos con un odio que no pueden argumentar claramente.

Mientras, tres pepolos se empujan por recoger al animalito desmayado. Yo he visto escenas así y sé que se avecina algo muy desagradable. Fanni le gritaría al guardia que les dé un mamporro pero la inseguridad la paraliza. Myra va a entrar en trance, imposible saber si de furia o fascinación. Fanni la arrastra del brazo. Pagan el ticket y entran en el Parque Arcádico. Qué otra cosa van a hacer dos chicas como ellas un sábado a la tarde. Yo, que nunca dejo de estudiar, les sigo los pasos por el pantallador de la cabina.

O sea que allá van por la mullida grama del parque, descalzas como aconseja el reglamento. El Parque Arcádico es un espacio sin sendas, sin canteros, sin cubos para papeles ni juegos para niños: una vaga extensión de hierba que parece silvestre, amenamente umbría de arrayanes, castaños, bojés y ebalnos, humedecida por la nube, vigorizada por una red de haces de fotosíntesis. Las chicas pasean entre matas de agracejos. Canta un sinsonte. Hay un exagerado aroma a romero. Sobran algunas gotas rocío. Y a cincuenta metros de la calle el parque ya es una foresta idílica donde una mínima imaginación basta para alucinar, no digamos un rebaño de cabras, pero sin duda un cervatillo. Y las chicas ven un cervatillo, en efecto.

Yo no aseguraría que es eléctrico porque hay ahí dentro animales de verdad, cierto que un poco mustios. Cuando la gran superficie comercial que dominaba el barrio del Once terminó de venirse abajo, ni a nuestro macilento estado ni a los empresarios les costó recaudar óbolos para cubrir el terreno con barro del río. Eran tiempos de espiritualismo. Los espiritualistas, una fuerza impetuosa

y estricta, pusieron la planificación, el gusto bucólico, la lírica y el dinero para el surtido vegetal y la fauna de un Parque Arcádico, y el parque fue un primor. Entonces creímos que se había clausurado la era de lo material. Pero los espiritualistas son volubles y pronto se cansaron de abandonar sus barrios de montaña para venir a la ciudad a ver árboles. Por eso ahora nadie sabe si el Parque Arcádico, abandonado como está, es un museo del edén perdido o una trampa del mal; hay muy pocos que tengan el saber moral específico para decidirlo. Y sin embargo bastantes porteños vienen a solazarse un rato, y compartir vino y queso, en un bosque que prefigura la cortesía, la pureza, la virtud y las prudentes pasiones de una edad áurea futura que no hace falta anhelar, ya que está aquí. Vean si no esa lograda ardilla que se las ingenia para roer una bellota. Vean a la enfermera de licencia que se ha disfrazado de pastora y provoca a un señor lavándose en el arroyo. Myra y Fanni pasean por ahí buscando no esgunfiarse mucho. También buscan respuestas, no se crea. Son chicas conflictuadas, padecen sus titubeos. Vienen al parque a ver si la decorativa atmósfera de jovialidad las orienta un poco. ¿Qué tienen para elegir? Ahí está el Otero de los Poseídos, donde los amantes melancólicos clavan en las hayas versos que a lo mejor no leerá nadie. Está el Prado de las Revelaciones, donde imágenes de la diosa Rósalin LaSeda murmura parábolas pastoriles. Está el área llamada Sueño de Verano, un rincón con fama de libertinaje donde se ve mucha guirnalda de flores, algún fauno contratado, un mercado flojo de intercambio de parejas.

Está el Lugar del Sueño de la Razón. Allí, dicen, matas de adormidera y cáñamo fuerzan en el durmiente unos monstruos que son el reverso del pensamiento honrado. Se ven con claridad, los espectros, y la experiencia es impresionante, pero las chicas prefieren no internarse porque está claro que antes de soñar ahí algo monstruoso hay que haber entrado en razón; y lo que menos les gusta a las chicas es confirmar que aún son pobres de espíritu.

Confinadas en su adolescencia, Myra y Fanni procuran abandonarse al ambiente y en cierto modo se distraen. Reverbera la luz entre el follaje, como un chisporroteo de corazones exaltados, y en los claroscuros flotan olores a heno y sudor, y sonos de ocarina y bordoneo de abejorros. Con todo esto los sentidos se alteran, y uno oye con la vista y huele con el oído. El conjunto es aceptablemente perturbador si lo que se persigue es, digamos, rasparle el óxido a la mente. Pero como nuestras chicas tienen la mente impecable, lo que deciden es ir al cine, ese arte envejecido que incita a pensar contando historias emotivas. El tugurio azul del cinematógrafo está en un rincón selvático del parque. Las chicas entran.

En la sala bilateral titilan las dos pantallas. El giro autónomo de las butacas obliga a mirarlas alternativamente, con una voluntad de complemento y síntesis que sólo los cinéfilos disfrutan como cabe. Esta tarde, la película dramática trata de una bella ejecutiva que sólo ama su éxito; de pronto, en un solo día, el marido la deja acusándola de egoísta y la empresa la despide tachándola de manipuladora; cuando baja a la calle en el ascensor, oye a un

viejo mencionar una cifra; aturdida, ella juega a la lotería y gana una fortuna; pero un ataque de superstición le impide usar la plata hasta no recompensar al viejo que sin quererlo le dio suerte; sucesivas complicaciones, o la coraza ética de ese hombre que no se deja manipular, le impiden una y otra vez saldar la deuda, y en ese fracaso repetido la mujer empieza a volverse dócil y atenta. La otra película, una comedia de terror, trata de un matrimonio medio que compra un juego de simulación para el ocio; conectados juntos en la cama, se hunden en la experiencia virtual de que uno de los dos se reduzca de tamaño; como no se sabe a cuál le toca achicarse cada vez, ni cuánto, la historia abunda en enredos sensuales y planos físicos inquietantes; hasta que la afición compulsiva al juego sume al matrimonio en una pesadilla de estrategias de la cual sólo lo redime el sorpresivo embarazo de la mujer; aunque no del todo, porque no se sabe en qué escala nacerá el hijo.

Dos sesiones seguidas del espectáculo permiten a Fanni y Myra pasar bien la parte más anodina del sábado. En las arboledas del parque, el balanceo de las ramas ya desata en la concurrencia moderados éxtasis naturales y una lujuria de atardecer. Las chicas, mareadas, se aplican a la tarea agobiante de establecer relaciones entre las películas, convencidas de que algún concepto obtendrán para situarse en los asuntos no menos enmarañados de la realidad. Caminan calladas. Si algo les encanta del cine es esa pizca de desasosiego que las obligará a volver. Salen del parque satisfechas.

Pero en la acera la banda de Pepolos sigue torturando al gatito. Puede que sea otro, porque ha pasado un buen rato, pero en todo caso, al sol tórrido del crepúsculo, la nube humidificante se vuelve roja como un hígado mal cocido, como el pellejo ensangrentado del bicho entre las manos de los pepolos, y el pensamiento de las chicas se enardece. Los visitantes del Parque se hacen los distraídos. El guardia no se inmuta. Las chicas buscan un alegato y en un paroxismo de desconcierto reparan en la Cabi-na de Asistencia Anímica. Entonces vienen a desahogarse conmigo.

— ¿Qué tónico puede ofrecer un sociólogo a estas almitas, aparte de un poco de té con hielo? El municipio me paga por instruir conciencias pero, después de tanto conversar con los porteños, ni las cartillas de terapia rápida ni los manuales de sociología me sirven para otra cosa que para relativizarlo todo. Y yo querría tener convicciones fuertes; porque las chicas, agitadísimas, me acribillan a preguntas. Me interpelan, como si yo tuviera autoridad o conociera una ley. Fuera, los pepolos están rociando al bicho con kerosene. Yo digo: presumiblemente, chicas, ustedes pensarán que esa situación no se justifica. Pero su reacción, la de ustedes, ¿es una respuesta a algo real, por ejemplo lo malo, o es mero resultado de un temperamento particular? Piensen, muchachas: ¿en virtud de qué máxima general cabe asegurar que ciertas conductas son más recomendables que otras? En la naturaleza no hay máximas, ¿verdad? ¿Podemos condenar a la avispa que pica a nuestro vecino? ¿Y el cachetazo que la mata?

— Etcétera. Hablo y hablo con tal frenesí que tardo un rato en darme cuenta de que Fanni, y detrás de ella Myra, ha corrido hasta los pepolos y les está gritando *Paren de una vez, cretinos, eso es una porquería*, e intenta arrebatarles el cadáver del bicho y, como no lo consigue, y ellos se le echan encima, de una sola, exquisita y seca patada de kogue-ten manda a tres mequetrefes de jeta a las baldosas. Ja. Yo bebo mi té de un saque, también, como si el saber discursivo me hubiera puesto frente a su borrosa justificación. Ahora se ha armado una trifulca grandiosa. Torpes para la lucha como son ágiles para el baile, los pepolos no logran sujetar a las chicas. En cambio sí las atrapa el guardia de seguridad, que, como bien sé, acaba de consultar su analizadora de situaciones y se cree justificado para actuar.

— El guardia mide dos metros veinte. Las prótesis que le rematan los brazos agarran a las chicas por el pescuezo, una de cada lado, y las sostienen en el aire como si fueran elásticas bolsitas de mercado. Aprovechando el estupor, yo me deslizo a recoger al bicho muerto, que es efectivamente un gato. Ya lo enterraré; también de eso puede ocuparse un sociólogo. Mientras, el Parque Arcádico recibe la noche y exhala una sencilla bienaventuranza. Los pepolos se ríen, defraudados. Yo busco en el animal muerto una definición irrefutable del mal. Las chicas cuelgan de los dedos del guardia, pataleando, ruborizadas de rabia, pugnando por articular lo que el cine puede haberles dado, aunque a salvo ya del aburrimiento sabatino. Creo que podemos dejarlas así, de momento, como al fin

de la primera etapa de un aprendizaje que será largo, no dudo, y váyase a saber si se completa.

Marcelo Cohen nació en Buenos Aires, en 1951. Es escritor, traductor y crítico literario. Dirigió el proyecto editorial *Shakespeare por escritores*, una traducción de las obras completas de Shakespeare hecha por escritores iberoamericanos. Actualmente dirige junto con Graciela Speranza la revista de artes y letras *Otra Parte*. Ha publicado los libros de relatos *El instrumento más caro de la tierra* (1982), *El buitre en invierno* (1984), *El fin de lo mismo* (1992), *Los acuáticos* (2001) y *La solución parcial* (2003); y las novelas *El país de la dama eléctrica* (1984), *Insomnio* (1985), *El sitio de Kelany* (1987), *El oído absoluto* (1989), *El testamento de O'Jara* (1995), *Inolvidables veladas* (1996), *Hombres amables* (1998), *Donde yo no estaba* (2006), *Impureza* (2007) y *Casa de Otro* (2010). Sus ensayos han sido reunidos en el volumen *¡Realmente fantástico!* (2003). El presente relato formó parte de la obra colectiva *2110. La Argentina del Tercer Centenario* editada por CONABIP en 2010.

PEGANDO LA VUELTA

Elvio E. Gandolfo

Ciriaco Yu se inclinó un poco sobre la tabla. El Paraná estaba demasiado picado, pero las olas venían bien, grandes, poderosas. Se encaramó en el lomo de una y un leve movimiento de la cintura y las piernas le permitió bajar por la concavidad del agua. Ahora movió todo el cuerpo, en medio del fragor ensordecedor del agua, y el eje de la tabla cambió en un ángulo recto. La ola iba rompiendo como si viniera frontal desde la isla misma de enfrente. Le salió perfecto: en cuatro segundos estaba adentro en vez de encima de la ola. Era como un tubo transparente, medio azul, con el agua que iba cerrándolo a unos cinco metros a sus espaldas, y él manteniendo la distancia mínima para que no lo tumbara en un estruendo de agua, tabla y huesos rotos. No pudo evitarlo: soltó una carcajada silenciosa, ahogada por el ruido de la espuma al romper. Mantuvo el equilibrio a la perfección, y en un momento dado se agachó sobre la tabla, cambió el centro de gravedad y se fue apartando a gran velocidad del oleaje, en una línea transversal que lo iba acercando a la costa.

Llegó mucho antes de que rompiera aquella gran ola, tal vez la más violenta del día, calculó. Dejó que la tabla resbalara sobre la arena, bajó con un pequeño salto y la alzó. Ni se dio cuenta cuando el agua estalló detrás de él. Tenía ahora 24 años, y hacía 14 que se dedicaba a surfear frente a lo que en otros tiempos había sido la Estación Fluvial, ahora enterrada bajo toneladas de arena. Se fue cruzando con otros amigos del palo, con sus propias tablas, que le hacían el saludo de rigor: el índice y el pulgar extendidos, y los otros tres dedos doblados, sacudidos tres veces. Y siempre una sonrisa, a la vez franca y mecánica.

Cruzó sereno el Parque del Monumento. De toda esa zona lo que había quedado era la parte superior del viejísimo Monumento a la Bandera, que había pasado de forma fálica cuadrada a apenas un tocón bajo de cemento. Lo contorneó con paso rápido. Llegó al depósito de tablas y se la entregó a Funes Stompanato, que le dio la ficha para retirarla a cambio. Saludó con la mano a Isabel McCain, que siempre estaba como un fierro en la barra del boliche cercano. Fue trepando el declive suave de la antigua barranca, y ahora sí se dio vuelta. El sol estaba a pleno e iluminaba con nitidez las olas gigantescas, arrancándoles reflejos a contraluz. El espectáculo siempre lo llenaba de vigor, de ganas.

Muchas veces hablaba con su abuela, Mangaruyá Thompson, de aquellos tiempos en que la ciudad tenía un centro.

—¿Un centro cómo? —preguntaba.

Después dejaba que la abuela se perdiera en largas frases encantadas que describían calles de puro cemento, algo llamado "vidrieras", extraños recinto "bares" donde uno tomaba ¿líquidos? y comía ¿"sándwiches"? La abuela le había explicado esta última palabra, pero nunca pudo entender qué eran.

Hacia treinta años había llegado todo junto: las catástrofes climáticas habían alcanzado tal nivel de brusquedad y violencia que las islas de Inglaterra e Irlanda habían desaparecido bajo las aguas de un día para el otro. Las represas gigantes de África, Brasil, Rusia y Estados Unidos habían reventado como cáscaras de huevo. El sistema eléctrico había quedado paralizado, en principio hasta nuevo aviso, después para siempre. Las bajas habían sido incontables, el tiempo empezó a ser medido de otra manera.

Por suerte todo había pasado seis años antes de que él naciera. Le resultaba imposible imaginar un mundo donde el oleaje tremendo del Paraná no rompiera contra la costa con fuerza salvaje, donde no hubiera una comunicación inmediata con el Atlántico, donde el antiguo Uruguay siguiera con su pequeña superficie.

A él que no le vinieran con historias sobre la época de "las computadoras", con nostalgia de los "celulares", con elegías sobre la época en que Buenos Aires todavía había sobrevivido a inundaciones enormes pero al fin y al cabo locales ("sudestadas", las llamaba la abuela Mangaruyá Thompson) antes de que la combinación del terremoto

submarino y el tsunami consiguiente convergieran como dos azotes implacables, destruyéndola.

Llamó a Teresa Camus. La flaca tenía la voz cero kilómetro: antes de que se lo dijera, supo que ella también se había llevado la tabla al río-mar y había cabalgado un buen rato las olas.

—¿Hoy de noche salís? —preguntó con la voz nítida, riente.

Le dijo que sí.

—¿Adónde vas? ¿Bailás?

—Le dijo que no. Que iba a la Florida Garden, a ver salir la luna.

Mientras los dos hablaban, los habitaba siempre la seguridad de ser los Nuevos, los nacidos después de los desastres. Los que podían no trabajar en nada, preparándolos para la Nueva, aquella época que nadie sabía como sería. Los Adultos, los que pasaban de 50, vivían aplastados por la culpa, trabajando porque sí (con la energía del hidrógeno ya no hacía mucha falta), de puro curdas. Había excepciones, pero casi todos volvían un poco quebrados a la casa, se quedaban sentados sin hacer nada, extrañando los "televisores". Algunos eran bocones, y hablaban con ira de "estos tiempos de mierda". Los que tenían más de 90, en cambio, como la abuela Mangaruyá Thompson, no la pasaban mal, no odiaban aquel presente de bisnietos y bisnietas surfistas, maratonistas, contempladores. Y cuando hablaban de "aquellos años" no lo hacían con la nostalgia del lejano pasado, de aquel mundo "antes del Sacudón" como si se tratara de un paraíso, sino como

quien rescataba de aquel entonces lo que tenía que ver con este presente.

Por su parte ellos no se aburrían nunca. Es más: a Ciriaco Yu le encantaba hacer rodar sobre la lengua el nombre-doble (según dictaba la Ley Nacional/Extranjero) de Teresa Camus. Un par de veces, mientras el agua de la ola quedaba domada por su arte de la tabla, sabiendo que el ruido del agua tapaba todo, no aguantaba el impulso, y cantaba a voz en cuello el nombre de Teresa Camus, alargando o acortando las sílabas, terminando en un grito que la abuela llamaba "zapucay" en el preciso momento en que se dejaba ir en diagonal para abandonar la masa de agua acelerada y acercarse a la costa.

Con Teresa Camus quedaron en encontrarse después de las diez, para ir a la costa.

Su hermano menor, Osvaldo Suleimán, lo acompañó lejos en las motitos, para elegir una tabla. Después del Sacudón, o el Vuelco, muchas plantas habían cambiado por completo. Una de ellas tenía una madera exacta, muy maleable y bien ancha, ideal para una tabla.

En el tiempo de Antes el hermano se habría llamado Osvaldo Yu. Pero los registros exigían siempre un nombre y un apellido distintos. Flaco, bien tostado, Osvaldo Suleimán usó el método normal: le pegó al árbol fuerte con los nudillos, en distintas partes. De pronto los dos sonrieron: la madera había sonado casi a cristal. No necesitaron hablar para saber: "Ésta, ésta es".

En las motitos llevaban las herramientas necesarias y se pusieron a trabajar en seguida. Al atardecer tenían la tabla en bruto ya preparada. Ciriaco Yu sacó una liviana estructura de metal y lona, con ruedas anchas, cargó la tabla encima, y la enganchó a su motito, para que lo siguiera. Bastaba con ir más despacio, para que no perdiera estabilidad. Después patearon el arranque de las motitos y pegaron la vuelta, para volver a la ciudad. Osvaldo Suleimán silbaba fuerte, satisfecho y enérgico. Atrás iba Ciriaco Yu, callado, sonriendo apenas, sabiendo lo que iba a hacer en las semanas siguientes: enseñarle todos los trucos de la tabla sobre las olas a su hermano menor.

Cuando llegaron a casa, la abuela Mangaruyá Thompson estaba hablando con Antonio Tupelé, su nieto, el padre de los dos. Bajaron de las motitos y le hicieron una pequeña reverencia de saludo. Después se metieron en el taller, prendieron la luz y se pusieron a trabajar en la tabla. A las diez Ciriaco Yu le dijo a Nicolás Suleimán que la seguían al día siguiente. Tenía que salir con Teresa Camus. Nicolás Suleimán le hizo un par de chistes pesados, apagaron la luz y se metieron en la casa.

La abuela Mangaruyá Thompson se había acostado. El padre, Antonio Tupelé, estaba sentado en la cocina, con los brazos apoyados en el sillón, callado y mirando el aire. Lo rodearon sin hacer ruido, para no sacarlo del Trance. El Viejo era de los buenos, de los excepcionales: nunca se aburría.

Mientras bajaba a la Florida Garden en la oscuridad, reconoció al pasar la silueta alta de Carlos Paävo.

–Uno con la ola –dijo, sin levantar la voz.

Carlos Paävo alzó el brazo con el vaso de cerveza.

–Dos en el rebaje –dijo, y los dos hicieron al unísono los tres sonidos huecos con la mejilla.

Se sentía tan bien que aceleró el paso. Vio a Teresa Camus desde lejos, delgada, con el pelo largo un poco sacudido por el viento.

–Amiga en la tabla –la saludó.

–Tabla en la tempestad –le contestó ella.

Bajaron lo que quedaba de la loma con pasos ágiles y rápidos. No había mucha gente en la costa. A esa hora el río-mar estaba calmado: era el momento de la marea baja, y podía verse a lo lejos, enfrente, el perfil de la isla, que en otros días quedaba bajo las aguas.

Ciriaco Yu se sentó sobre un tocón de árbol, con Teresa Camus al lado. Dejaron escapar el aire, aspiraron con la boca cerrada, lo dejaron escapar de nuevo.

–China –dijo ella.

–Rusia –dijo Ciriaco Yu.

–Montenegro.

–Estados Unidos.

–Finlandia.

–Sudán.

–Canadá.

–Honduras.

Entre nombre y nombre, aspiraban aire por la nariz, con la boca cerrada, y lo dejaban escapar por la boca en-

treabierta, que de inmediato decía otro nombre. Al poco rato, la voz de los dos fue bajando, desapareciendo. La mano de Teresa Camus se apoyó sobre la mano fuerte de Ciriaco Yu. Los dos miraron ahora fijamente el agua cada vez más plateada sobre la que se iba elevando la luna.

–Mayo –dijo Teresa Camus.

–Mayo –contestó Ciriaco Yu.

Elvio E. Gandolfo nació en 1947 en San Rafael, Mendoza. Es narrador, poeta, traductor, editor y periodista. Codirigió con su padre Francisco la revista *El lagrimal trifurca*. Trabajó en las revistas *El péndulo*, *Diario de poesía*, *V de Vian* y en los diarios *La Opinión*, *Clarín* y *La Capital*. Publicó los libros de cuentos *La reina de las nieves* (1982), *Sin creer en nada* (1987), *Dos mujeres* (1992), *Ferrocarriles Argentinos* (1994), *Parece mentira* (1993) y *Cuando Lidia vivía se quería morir* (1998). Su novela *Boomerang* (1993) fue finalista del Premio Planeta 1992. Trabaja en el suplemento cultural del diario *El País*, de Montevideo, y en la revista *La mujer de mi vida*. Vivió más de veinte años en Rosario; actualmente, alterna entre Montevideo y Buenos Aires. El presente relato formó parte de la obra colectiva *2110. La Argentina del Tercer Centenario* editada por CONABIP en 2010.

HORACIO KALIBANG O LOS AUTÓMATAS

Eduardo Ladislao Holmberg

I

–...Es completamente falso –dijo el burgomaestre, llevando a sus labios la copa verde, en la que su sobrino acababa de servirle el delicado vino del Rhin.

–¿Y lo creéis fuera de los límites de lo concebible? –preguntó Hermann, con malicia.

–¡Lo concebible!, ¡lo concebible!. Todo es concebible, sobrino, pero no todo es posible.

–Así he oído decir más de una vez; pero desde que conocí el hecho, con su aterradora realidad, he llegado a comprender que existen fenómenos extraños que la ciencia humana no explica y que tal vez no podrá nunca explicar.

–Tu opinión no es más que la de un niño de escuela.

–¡Mi tío!

–¿Y qué? ¿Te imaginas, por ventura, que pueda ser otra cosa?

—¿Qué, si no un mequetrefe, es el que niega las verdades reveladas al hombre por su contracción y aplicación incesantes al estudio de la Naturaleza, aceptando una necesidad, como la que acabas de manifestar? ¿Creéis acaso, que mis canas son de ayer? ¿Has pretendido sospechar que hablas con un religioso fanático, que va a admitir tus preocupaciones a título de creencias o de fe? No, Hermann, no; estás muy equivocado. Pero, ¿por qué no sirves al mariscal? Y tú, Luisa, ¿has perdido el paladar, después de lo que has oído? Kasper, pásame aquel jamón. ¡Capitán! ¿Rhin?

—Gracias; estoy servido ya.

—Mariscal, ¿una tajada de jamón? Excelente, mi mariscal; es del mejor que se fabrica en Pomerania, con pechuga de ganso.

El burgomaestre tenía razón. Era aquél un bocado exquisito, que todos juzgaron con rigor, sin poder llegar a otro resultado que el de declarar que era exquisito, con lo cual puede afectarse igualmente a una linda mujer y a un rico jamón de Pomerania.

Razón tendrá el lector, y mucha, para quejarse por la extraña introducción que me he permitido regalarle, antes de haberle presentado a Horacio Kalibang, con toda la solemnidad que el personaje y el lector merecen; pero no era posible comenzar de otra manera, porque al penetrar en el recinto en que aquella conversación se desarrollaba, en ese mismo momento, desmentía el burgomaestre Hipknock a su sobrino el teniente Hermann Blagerdorff, y,

fiel retratista, no he podido hacer otra cosa que tomar, sin antecedentes, las palabras consignadas.

II

Aunque hay personas de mala voluntad que sostienen que mi pariente y amigo, el burgomaestre Hipknock, lleva este nombre debido a la circunstancia de haberse atragantado con un hueso uno de sus antepasados, en tiempo de Carlos V, sostengo que es falso, aunque no tengo interés en demostrar lo contrario.

Luisa, la hija de mi pariente, cumple hoy quince años. Es una preciosa criatura, muy parecida a las lindísimas muñecas que fabrican en Nüremberg, mi ciudad natal. Con esto he dicho todo. Sus ojos de cielo tienen ese candor de la inocencia sin límites; su cabellera de oro cae en rizos a los lados de sus mejillas, rosadas como una aurora y frescas como la hoja de una lechuga, y sus labios, cual esas guindas de la Selva Negra, no sé qué reminiscencia despiertan en el paladar, a tal punto que algo húmedo se estremece y se desliza por el ángulo derecho de la boca.

¡Quince años! La edad más deliciosa para una mujer, porque no obstante tener ya en punto ese inconsciente que llamamos corazón humano, su cabeza goza del más etéreo y divino de los vacíos.

¡Quince años! La edad en que no se piensa en nada, so pena de pensar en algo menos... y sin embargo, no hay caso que más preocupe, después de los veinte. ¿Por qué?

Misterios insondables del endurecimiento de aquel inconsciente y de los huesos.

A pesar de todo, la hija de mi pariente no es un hongo. Sus manos de algodón saben fabricar unos pastelitos con almíbar por fuera, y manzana por dentro, tan ricos y tan incitantes, que hacen honor al hueso que no se tragó el antepasado de su padre.

Para festejar su natalicio, el burgomaestre ha reunido una concurrencia de buen apetito. Opina, como yo, que la mesa moderna tiene muchas piruetas y poco jugo; que no hay vino como el del Rin, y que el jamón es excelente cuando no es de mala calidad. Así es que, al entrar en el comedor, me he detenido un momento en el umbral, para observar el cuadro que la familia y los amigos presentan.

En la cabecera de la mesa está sentado mi pariente; a su derecha, Luisa, vestida de blanco, con lazos azules; frente a ella, su primo Hermann, que la mira con toda la ferocidad de un teniente enamorado con consentimiento del mariscal Vogelplatz, sentado junto a Luisa, y deseando comulgar con el teniente.

El mariscal es un personaje tremendo: tiene todo el color y temperatura de un sol poniente, en la nariz, y en el vientre, todas las dimensiones de un elefante bien educado. Engulle como un palmípedo y bebe como una tromba. El capitán Hartz, el párroco de la aldea; Kasper, secretario del burgomaestre, y su esposa; el maestro de escuela, y el director de la parada más próxima, con su señora,

y, frente al dueño de casa, su compañera... He ahí el conjunto brillante, reunido en casa del burgomaestre. Mi asiento no ha sido ocupado, y sólo consigo que nadie se mueva del suyo, tomando rápidamente aquél.

—Vamos, Fritz —me dice mi pariente, sonriendo con aire burlón—, al fin, ¿eh? Ya creía que te quedabas rascando miserablemente ese violonchelo infame, que te da todo el aspecto de un sapo sentimental, cuando te sientas a su lado.

—Está visto, pariente, que usted se empeña en detestar la música.

—Déjate de músicas, Fritz; la música no significa nada. Mira, esto es lo positivo, lo sólido, ¡lo que puede digerirse bien! ¡Y esto!, pásame tu copa, esto es Liebfrauenmilch, la mejor marca del Rin, la gloria de Alemania y de los paladares como los de los dioses.

—Muy bueno está; pero veo que he interrumpido una conversación interesante, tal vez, y no quisiera...

—Nada de eso; es una de tantas preocupaciones de mi sobrino.

—¿Cómo así?

—Figúrate que pretende convencerme de que un hombre puede perder su centro de gravedad; ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

—¿Y por qué no? Si se lo colocara, por ejemplo, en el punto en que se neutralizan las atracciones de la Tierra y de la Luna.

—Ni he pensado en tal cosa —interrumpió el teniente Blagerdorff—. ¿No conoce usted a Horacio Kalibang?

–Un personaje de nombre muy parecido figura en *La Tempestad*, de Shakespeare.

–Eso es escaparse por la tangente –observó el mariscal, tragando con facilidad un enorme bocado–. ¿Conoce usted a Horacio Kalibang, el hombre que ha perdido su centro de gravedad? ¿Sí o no?

–No, señor mariscal, ni espero conocerle.

–Es un prodigio de la fantasía de Hermann. ¡Vamos! Coliflor y asado; eres un mentecato, sobrino; sirve vino al mariscal. Luisa, atiende, hija mía, al señor mariscal. ¡Capitán! ¿Quiere usted pasarme ese pollo que, no obstante la acción del fuego, salta en la fuente, como si también hubiera perdido la gravedad? Fritz, bebe, hijo, bebe.

–Gracias, pariente; no quisiera parecerme a Horacio...

–¡El señor Kalibang! –interrumpió uno de los criados entrando, espantado, en el aposento.

–¡Adelante, adelante! –exclamó el burgomaestre, poniéndose de pie, como ya lo estábamos todos, y dejándose caer en un sillón, cual si una bala le hubiera herido los pulmones.

Pero no había nada de eso.

El personaje que se presentaba en escena podría tener cinco pies de altura, es decir, 1 metro, 443 milímetros, y formas proporcionadas. Su rostro carecía completamente de expresión y, al verle, se diría que acababa de salir del molde de una fábrica de caretas. Ni un solo movimiento de los párpados revelaba las sensaciones que determina el cambio de luz o la variación de las imágenes. Sus pupilas no se alteraban con el punto de mira; eran como las de

esos retratos que fijan al frente y que tanto pavor causan a los niños que por primera vez los observan.

Era la expresión del plano en el relieve.

–Muy buenas noches, señoras y caballeros –dijo mirando simultáneamente a todos.

–Excelentísimas las pase usted, señor Kalibang –balbuceó mi pariente, el burgomaestre, al ver que los labios del recién llegado se movían de idéntico modo al pronunciar cada una de las sílabas de aquellas palabras–. Tome usted asiento.

–Gracias; como carezco de peso, cualquier posición me es igual.

En aquel momento, sólo había dos rostros que no manifestaron el más profundo terror: el del teniente Blagerdorff y el de Horacio Kalibang. El primero brillaba con el relámpago de la victoria; el segundo tenía estampada la eterna sombra de la indiferencia. Yo no me cuento. Kalibang hizo un movimiento con el brazo derecho, y al instante su cuerpo se inclinó de tal manera que la línea de gravedad cayó a medio metro de sus pies.

–¡Imposible! –exclamó el burgomaestre–. Esto está fuera de todas las leyes físicas.

–A no ser que... –insinuó Kasper.

–Que..., que... a no ser que seas tan mentecato como mi sobrino.

–¡Mi tío!

–Calla, Hermann –dijo Luisa, haciéndole un gesto que dominó al teniente.

–A no ser –repitió Kasper– que el señor Kalibang sea hueco o lleve pies de platino.

–¿Qué?

–Opino así, porque teniendo el platino un peso específico de 21, puede servir de resistencia a la gravedad del cuerpo, en una inclinación de este grado, teniendo las piernas bastante energía para no ceder.

–No digas tal cosa, Kasper... El señor Kalibang nos ha declarado, al ofrecerle asiento, que careciendo de peso, cualquier posición es igual.

–Señores y caballeros, muy buenos noches; ya ven ustedes que no soy un mito.

Y girando sobre uno de sus talones, el señor Kalibang se retiró, inclinado de la misma imposible manera.

El mariscal había perdido el apetito, no obstante tocar a los postres, y los demás concurrentes, excepto Hermann y yo, guardaban el más extraño silencio y revelaban el más estúpido pavor.

–¿Sabes lo que es eso, Hermann? –pregunté al teniente.

–¿Si lo sé? ¡Vaya si lo sé! Es lo más estupendo que puede verse; la maravilla mayor entre todos los fenómenos: ¡perder la gravedad!

Sonreí.

–Y qué indiferencia a toda opinión –dijo entre dientes el burgomaestre.

–¡Y qué mirada!... –agregó Luisa.

–¡Parece un búho! –dijo uno.

–¡Dos búhos! –insinuó otro.

Aquel prelude no me desagradaba, porque semejantes a los pajarillos que se despiertan entre sí, cuchicheando ocultos por las hojas, al despuntar el alba, los dueños de casa y sus invitados parecían animarse, mutuamente, después de un instante de terror, que había durado un minuto tan largo como un siglo.

–Yo sabré quién es Horacio Kalibang; entre tanto, mariscal, terminemos lo casi terminado. ¡Vino! ¡Vino! ¡Café!... ¡Ea, muchachos, no dormirse!

Brille en la copa el vino transparente

Y a raudales difunda la alegría...

–¿Ve usted, pariente, cómo no hay contento posible sin música? Usted mismo nos da el ejemplo.

–Son emociones, Fritz, emociones de otro género, que se traducen en notas destempladas. No sé si me comprendes, pero ya sabes que el exceso de impresión tiene que transformarse de algún modo. Yo canto, aquél ríe, otro llora...

–Yo tiemblo...

–Yo como...

–Yo bebo vino del Rhin y amo la música porque sí...; el bien por bien..., la música por ella... ¿Qué significa la música? No sé, ni me importa saberlo... ¡Vino aquí!... Se canta y se goza...

–Yo miro a Luisa...

–Pero el teniente no se escapa a mi mirada –agregó el mariscal, destellando un crepúsculo encendido.

Las penas mayores,
 los hondos quejidos,
 los pechos dolientes,
 se curan, se acallan, se borran con vino.

—¡Bravo!

—¡Otra!

—¡Bis!

—¡Horacio Kalibang! ¡Otra! ¡Bis!... El hombre que ha perdido la gravedad... ¡Ea! sois todos unos mentecatos.

Y tomando el sombrero y el bastón, el burgomaestre salió precipitadamente del comedor.

Un momento después, me retiré también, pensando que no es necesario llamarse Horacio Kalibang para perder la gravedad...

III

Para que el lector pueda apreciar la conducta de mi primo, el burgomaestre Hipknock, es necesario que me permita hacerle su retrato moral en dos plumadas.

El burgomaestre es uno de aquellos hombres que siguen con toda su alma los progresos del materialismo en Alemania. No cree en Dios ni en el diablo; está excomulgado hasta la quinta generación y asegura que nada pierde ni gana su raza con semejante regalo. Es un hereje, un condenado, un miserable, un canalla, un estúpido, un ig-

norante y todo lo que la indignación irracional puede sugerir a sus enemigos, que tales blasfemias le envían desde las sombras del incógnito.

Pero todos los que hemos tratado al burgomaestre sabemos que tiene un carácter incomparable... Insisto, tiene un carácter, es el mismo en presencia del Emperador y en presencia de sus amigos.

Incapaz de cualquier indignidad, practica el bien en todas sus formas y asegura, no sé por qué razón, que su mayor gloria es la de tener tantos enemigos a los que, por cierto, no conoce ni de vista. Pero, en cambio, sus amigos son numerosos, y tanto más sinceros, cuanto que no necesitan de él, ni él de ellos. Si ataca, lo hace a cara descubierta, porque no es un cobarde, y si alaba, jamás lo hace con intención de lucrar. Lo que ha dicho una vez, lo ha dicho porque tal era su opinión, y si ésta se modifica, es por la fuerza de las razones, jamás por un capricho.

No aspira a los altos puestos, porque no sabe qué haría en ellos; comprende que en la lucha por la vida, todo sacrificio voluntario reclama recompensa doble, y como vive contento y feliz con lo que tiene, su límite está en ello. Jamás diría al pueblo congregado lo que no fuera su opinión, y tendría un verdadero disgusto en tener que decir del pueblo lo que no había dicho al pueblo. En ninguna de las ceremonias, en que ha tomado la palabra, se ha apartado nunca del centro en que gira todo su anhelo para la humanidad. El trabajo sin descanso —dice— es el azote de los tiranos. Trabajad, pues, y seréis libres y felices. Y cuando algún amigo le ha pedido su opinión respecto

de gobierno, no ha vacilado en contestar: "Los pueblos se forjan su gobierno. No hay más derecho divino que el del pueblo; los pueblos tienen, pues, el gobierno que quieren o el que merecen. Como la providencia es un mito, no se preocupa de ningún pueblo. Todas las formas de gobierno son buenas, cuando los gobernantes no son unos tontos, pero hay congregaciones que prefieren a tales gobernantes, para pantallas de sus maquinaciones."

No ama la demolición cuando no sabe qué construir sobre las ruinas formadas, ni cuando no va a mejorar una situación.

Por eso no ha querido tomar parte, jamás, en propaganda alguna de cuestión religiosa. Es materialista por la fatalidad de las razones, pero no cree que exista pueblo alguno ateo, ni que deba o pueda existir. "Las sociedades científicas –dice– tienen derecho de ser la razón; el pueblo no tiene más derecho que ser el sentimiento; para el sentimiento, hay Dios; para el sentimiento, hay un alma inmortal."

Hipknock figura en las listas de socios de numerosas corporaciones ilustradas de Europa y de América, lo que prueba que sus enemigos se equivocan. Los sabios que de cuando en cuando pasan por el pueblo, le visitan con placer, porque es ilustrado, y lo que es más, incansable para resolver una duda. La ataca de mil maneras, la comprime, la estudia, la estruja, y en este combate, que en muchas ocasiones ha dado a otros, como resultado, una triste pérdida de tiempo, el burgomaestre sale siempre victorioso. No cuadrará jamás el círculo, no porque sea o

no cuadrable, sino porque está persuadido de que perdería su tiempo, que puede dedicar a sus obligaciones oficiales, a su familia que ama, o a sus tareas científicas.

En su lenguaje, en el seno de la intimidad, suele morder, pero jamás hiere, porque estima, y cuando estima, es franco "La franqueza –dijo un día a su antiguo amigo el viejo mariscal– es el cañón del alma. Se puede ser charlatán sin ser franco, como se puede ser callado e indiscreto, o charlatán y discreto. Hablar mucho, o no decir algo; a veces se habla para no decir."

Éste es, en pocas palabras, mi primo el burgomaestre. El lector puede seguir, de un modo lógico, todo el desenvolvimiento de aquellas ideas fundamentales, ligadas íntimamente para formar su carácter.

Ahora comprenderá también por qué razón se retiró mi primo del comedor de una manera tan brusca. Iba a resolver una duda. Iba.

IV

La noche estaba oscura y una llovizna tenuísima acariciaba el rostro de los transeúntes.

Por la calle de X... dos individuos caminaban en dirección a la Plaza de Federico el Grande.

Detrás de ellos, y a distancia suficiente para no perderlos de vista, un hombre de cierta edad se dirigía hacia la misma plaza que ellos. Cualquiera, al verle, hubiera dicho que era indiferente a los dos que le precedían; pero un

fisionomista habría reconocido en su semblante todos los signos que revelan el observador en observación. Sus ojos fijos en parte velados por las cejas, los labios apretados, cual si creyera que sus investigaciones podían escapársele en palabras indiscretas, la cabeza algo inclinada y de cuando en cuando un movimiento convulsivo de los dedos, entre la barba, no podían expresar otra cosa que lo que en realidad había.

De pronto se detuvo, apartándose un tanto para no ser visto, al observar que los que le precedían se acababan de detener. Uno de ellos sacó con cautela el sombrero de la cabeza del otro, lo colocó en uno de sus bolsillos, y, llevando ambas manos a la cara del segundo, pareció sacar algo pequeño de ella, y examinándolo con cuidado, prorrumpió en una maldición formidable, que hizo estremecer al observador.

—*Donnerweter!* —exclamó— *Ich habe ihn jetzt gefunden...* (¡Rayos y centellas, ya lo encontré!)

Sacó entonces del bolsillo otro objeto pequeño y, colocándolo en el cuello de su dócil acompañante, hizo los movimientos que hubiera hecho al dar cuerda a un reloj. Terminaba la operación, guardó la presunta llave.

Llamamos Oscar Baum al de la maldición y guardemos en silencio, por un momento, el nombre del otro.

A los pocos pasos volvieron a detenerse.
Oscar Baum dijo algo al oído de su compañero, y éste repuso:

—Muy buenas noches, señoras y caballeros.
El observador oculto dio un salto en la oscuridad.

Pero lo que éste no había observado era que el que acababa de hablar llevaba el cuerpo inclinado hacia delante, de tal modo que cualquiera, al pasar a su lado, le habría adelantado la mano o el brazo para que no cayese, si no hubiera sabido de quién se trataba.

Un nuevo movimiento de Baum arrancó al otro estas palabras: "Gracias; como carezco de peso, cualquier posición me es igual".

—¡Horacio Kalibang! —murmuró el observador— Horacio Kalibang, ¡ya sé que no eres más que un autómatita!...

Y satisfecho de aquella observación, cambió de rumbo y se encaminó a su casa.

El burgomaestre Hipknock volvía vencedor.

Ya sabía quién era Horacio Kalibang.

V

El burgomaestre acababa de levantarse.

El velo de la incertidumbre había desaparecido de su semblante, ya risueño.

—¡Hum! Es hábil el artista. Veamos ahora qué se propone.

Y en aquel momento, cual si las circunstancias se reunieran para satisfacer su curiosidad, un criado entró en el aposento trayendo una carta.

Hipknock abrió el sobre y leyó:

"Señor burgomaestre Hipknock.

Establecido en este pueblo, desde hace dos días, con el objeto de trabajar más tranquilamente que en Berlín, me tomo la libertad de invitar a usted, para las 2 de la tarde, a ésta su casa, calle X..., donde tendré el honor de hacerle ver mis obras.

Fabricante de autómatas, desde hace algunos años, los últimos descubrimientos de Edison han herido mi amor propio nacional, estimulándome a dirigir mis investigaciones en un sentido definitivo: estoy en vísperas de fabricar un cerebro con funciones propias.

Conociendo, como conozco, las ideas filosóficas y la ilustración del señor burgomaestre, he creído que a nadie mejor que a él podría pedir un juicio sobre algunos de mis trabajos.

Saluda al señor burgomaestre con su más alta consideración,

Oscar Baum

Fabricante de autómatas"

—¡Hola! Señor Baum, y usted había sido el desconocido de anoche, ¿eh? Muy bien; veremos sus autómatas. ¿Y Kasper habrá salido con la suya? ¿Y qué dirá mi sobrino el teniente cuando lo sepa? —Dirigiéndose entonces al criado, le dijo— Corre a casa de Fritz y dile que le espero a almorzar; agrégale, también, que es necesario que venga, aunque se esté muriendo.

El criado salió y el burgomaestre quedó solo, entregado a sus reflexiones, las que, por cierto, no eran muy favorables ni a los espiritualistas ni a los clericales.

—*Donnerweter!* —dijo, repitiendo las palabras que había oído a Baum en la noche anterior— *Ich habe ihn jetzt gefunden.* He ahí lo que vamos a grabar en una lámina de oro, si el fabricante de autómatas dice la verdad.

VI

—Muy buenos días, pariente —dije al ver a Hipknock en el comedor de su casa, momentos después— ¿Qué acontecimientos motiva esta llamada?

—¿Qué acontecimiento? Lee esta carta.

Y entregándome la de Baum, la leí agradablemente sorprendido, según juzgó mi pariente: primero, por el anuncio de una obra tan grande como era la fabricación de un cerebro, y segundo, porque yo bien sabía que Horacio Kalibang no era sino un autómata; no pudiendo explicarme, por cierto, cómo había pasado ello inadvertido para mi primo.

Después del almuerzo, conversamos largamente sobre los últimos descubrimientos de los fisiólogos y llegamos al resultado siguiente: si Oscar Baum, para muchos, ha emprendido un desatino, para pocos no puede negarse que las probabilidades de éxito se encuentran a su favor.

A las dos de la tarde, el burgomaestre, a quien acompañaba yo, entraba en casa de Oscar Baum.

—¿Está el señor Baum? —preguntó a un individuo alto que salió a recibirnos.

—Pase usted adelante, señor burgomaestre.

—Ésa no debía ser la respuesta —dijo Hipknock— somos dos.

—Pariente, ¿no ve usted que es un autómeta? Esa respuesta prueba, por lo menos, que usted era esperado solo.

—Entonces estoy ciego, porque no he podido reconocerlo.

Al entrar en el salón, un individuo rubio, con anteojos azules, se levantó de una silla, en la que estaba sentado, y dirigiéndose al burgomaestre, le extendió la mano.

—¿El señor burgomaestre Hipknock? —preguntó.

—Para servir a usted ¿Es con el señor Baum con quien tengo el honor de hablar?

—El honor es para mí, caballero. Me he tomado la libertad de invitar a usted, porque antes de lanzar al mundo mis obras, deseo conocer la impresión que le causan.

—¡Terrible, señor Baum, terrible! Horacio Kalibang me ha producido toda la ilusión de un hombre vivo, y, a no ser por una circunstancia especial, aún guardaría su misterio.

—Horacio Kalibang es el más imperfecto de todos, pero llama mucho la atención porque camina fuera del centro de gravedad.

—¿Nada más que por eso?

El señor Baum guardó silencio.

Sus ojos hicieron una revolución en las órbitas, sus labios se apretaron, sus brazos cayeron inertes, mientras que una de sus piernas, por no sé qué movimiento del resorte, se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo.

El burgomaestre dio un salto sobre su asiento.

Por mi parte, prorrumpí en una carcajada tremenda. Mi pariente no había reconocido que conversaba con un autómeta. Verdad que está ya algo corto de vista.

—*Donnerweter!* —dijo una voz en la pieza inmediata, cual si la ira le hubiera arrancado aquella expresión poco amable, y abriéndose la puerta, el burgomaestre vio aparecer otro individuo, idéntico al que acababa de deformarse, que acercándose a mi pariente, le dijo:

—Disculpe usted, señor burgomaestre, esta segunda libertad que me he tomado, de hacerme representar por un autómeta; pero no dudo que ya lo estaré, porque la excelencia de la obra, rápidamente construida, es una garantía de mi respeto por usted.

—Está usted disculpado.

—La mecánica, señor burgomaestre, es una ciencia sin límites, cuyos principios pueden aplicarse no sólo a las construcciones ordinarias y a la interpretación de los cielos, sino también a todos los fenómenos de la materia cerebral.

—Es mi opinión.

—¿Qué es el cerebro, sino una máquina, cuyos exquisitos resortes se mueven en virtud de impulsos mil y mil veces transformados? ¿Qué es el alma, sino el conjunto de

esas funciones mecánicas? La acción fisicoquímica del estímulo sanguíneo, la transmisión nerviosa, la idea, en su carácter imponderable e intangible, no son sino estados diversos de una misma materia, una y simple sustancia, inmortal y eternamente indiferente, al obedecer a la fatalidad de sus permutaciones, que producen un infusorio, un hongo, un reptil, un árbol, un hombre, un pensamiento, en fin.

—Todo está muy bueno, señor Baum; pero yo deseo ver sus autómatas, porque se hace tarde. Soy materialista y sus palabras no me causan espanto ni novedad.
El señor Baum se puso de pie y dirigiéndose a la puerta llamó a un criado.

—Avisé usted a los maquinistas que el señor burgomaestre desea que comiencen las manifestaciones.

Al instante una de las paredes del aposento se elevó como un telón, y vimos frente a nosotros una gran sala, en las que no faltaba nada: caballetes, pianos, flautas, fusiles, espadas, libros, etc.

El señor Baum volvió a tomar asiento.

—¡Música!... ¡Baile!

—¡Fritz!, vas a salir tú de autómatas —me dijo el burgomaestre.

Sonreí, porque aunque fuera cierto, mi pariente no sabía lo que le estaba pasando.

Y así fue. Uno de los autómatas, con un violonchelo en la mano izquierda y una silla en la derecha, se sentó en medio del salón; pero lo que más agradó a mi primo fue que su cara y su cuerpo eran mi propio retrato.

El músico ejecutó con maestría una preciosa introducción, después de la cual un pianista le acompañó de tal modo que no pudimos menos de aplaudir.

Un tercer autómatas se acercó al piano, y dando vuelta una de las hojas del libro, la música continuó, agregando el canto, y tan hermosa fue la pieza que ejecutaron, que mi tío no sabía cómo expresar su admiración al señor Baum, que se mantenía callado.

Los músicos se retiraron.

En su lugar aparecieron dos hermosas niñas que, con traje de ilusión y guirnalda de flores, bailaron con tal gracia y soltura. El despertar de las hadas que los músicos invisibles producían, que yo mismo tuve tentaciones de lanzarme en medio de ellas para acompañarlas. Se retiraron.

—¡Duelo! —dijo el señor Baum.

Dos gallardos jóvenes entraron al salón, por puertas opuestas, y después de saludarse, cruzaron sus armas y luego se detuvieron un momento.

—Era tu destino morir en mis manos.

—No tal, que la herida no es cierta en tus armas.

—¿Cobarde me has dicho?

—¿Cobarde? No debes cambiar mis palabras.

—He dicho y repito: las iras te ahogan, te ciega la rabia.

—Defiende tu pecho.

—¡Jo! ¡ji!, que en el tuyo te hundo mi espada.

Y desarmando a su adversario, al decir estas palabras, tomó el arma que acababa de caer y le cortó una oreja.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó el burgomaestre— no puedo

permitir que continúe; ¡primera sangre!

Los autómatas se pusieron de pie y, haciendonos un saludo se retiraron del brazo.

–¡Pintura! –dijo Baum.

Dos maniqués desnudos penetraron al taller.

Uno de ellos llevaba en la mano, paleta con colores, pinceles y tiento, y sentándose frente al caballete, ya pronto, comenzó a copiar a su compañero, con toda la precisión de un artista consumado. Terminado el cuadro salieron del taller.

–Si estos son autómatas, es necesario confesar que no se diferencian mucho de nosotros –dijo Hipknock.

–Si el señor burgomaestre me permite –observó Baum– yo invertiría la proposición.

No cansaré a mis lectores con la enumeración de los diversos cuadros que allí presenciarnos; batallas, parlamentos, academias, paseos, bailes, escenas amorosas, cuadros místicos, etc., etc., todo se presentó a nuestra admiración, con ese tinte especialísimo de verdad, que sólo revisten las grandes obras de los grandes maestros.

Próximos a retirarnos, el burgomaestre, sonriendo de placer, más por hallar una especie de confirmación a la teoría del inconsciente de su amigo Hartmann, que por lo que había presenciado, dijo a Baum:

–Pero observo que ha faltado un cuadro de familia.

–Si el señor burgomaestre lo permitiera, la propia suya aparecería al punto.

–Como usted guste.

Y haciendo una seña, el salón se empezó a llenar de

autómatas que, sentados luego alrededor de una mesa, desarrollaron, ante los ojos estáticos del burgomaestre, la mismísima escena de la noche anterior, con los mismos movimientos y las mismas palabras de la discusión sobre Horacio Kalibang, que entró un momento después, y pronunció las palabras que todos le habían oído.

Mi pariente no pudo menos que soltar una carcajada cuando vio a su propio autómata hacer un gesto de espanto, al entrar Kalibang, y llevando la mirada al autómata de Luisa, dijo:

–Pero observo, señor Baum, que mi hija mira demasiado al teniente Blagerdorff, mi sobrino.

–El señor burgomaestre notará también que su sobrino no paga con moneda falsa.

–Pero eso...

–Dejarían de ser autómatas, señor burgomaestre, si alteraran un solo pasaje.

El señor burgomaestre se puso de pie, tal vez para manifestar al señor Baum su indignación, de una manera positiva, cuando éste echó a correr hacia la mesa, y trepándose sobre ella, se desarticuló uno de los brazos y lo lanzó sobre la cabeza del burgomaestre autómata, que, irritado ante aquel atrevimiento, pronunció estas palabras:

–*Donnerweter! Ich habe ihn jetzt gefunden.* He ahí lo que vamos a grabar en una lámina de oro, si el fabricante de autómatas dice la verdad; las mismas que había dicho, en esa misma mañana, cuando recibió la carta de Oscar Baum.

Una escena terrible tuvo lugar entonces y compren-

diendo mi pariente que era inútil luchar con aquellos muñecos feroces, me dijo:

–Fritz, es necesario retirarnos, pues no sabemos hasta dónde puede llegar la habilidad de estos energúmenos. Ahí quedamos, batiéndonos en descomunal batalla. Si son ellos los autómatas o si los somos nosotros, no lo sé; pero te aseguro que cantan, bailan, gritan, saben y se baten con una habilidad tal, que más parece natural que de resortes.

Y ya nos retirábamos, cuando un autómata, más alto y fornido que los otros, se acercó a la mesa y gritó:

–¡Basta, señores!, soy el más fuerte y tengo la razón; si alguno de vosotros me la niega, le partiré el cráneo, aunque la tenga. No soy solamente un autómata, soy la humanidad entera y cuando la humanidad habla con la fuerza, la razón es el más despreciable de los juguetes de los niños.

¡Aquel autómata era un bestia!... ¡pero si era un autómata!

La calma reinó en el salón.

–Ahora, señor burgomaestre Hipknock, ¿tiene usted alguna duda respecto de la habilidad de nuestro constructor? –preguntó.

–Ninguna, señor, ninguna.

–¿Tiene usted alguna pregunta que hacer?

–¡Oh!, ¡sí!... ¿hace mucho tiempo que se han fabricado estos autómatas?

–¡Mucho!

–¿Y están todos aquí?

–No; hay algunos miles de ellos que andan rodando por el mundo. Cuando se les acaba lo que ustedes llaman la cuerda, y que nuestro constructor llama su habilidad, volverán a recibir nueva fuerza y entonces, señor burgomaestre, entonces..., buenas noches.

Mi tío y yo nos miramos. Era lógico.

Entonces... entonces... nos retiramos, complacidos de las maravillas de que habíamos sido testigos, y terriblemente desagradados con estos pensamientos:

–¿Será Fritz un autómata? –el burgomaestre.

–¿Será el burgomaestre un autómata? –yo.

Al llegar a casa del primero, me despedí de él.

–¿No nos acompañas a comer, Fritz?

Pero yo ya estaba lejos.

VII

Poco tiempo después, la casa del burgomaestre Hipknock se llenaba de gente, para festejar un gran día de familia.

El capitán Herman Blagerdorff unía, a sus destinos, los de la señorita Luisa Hipknock.

Era muy natural.

Habían leído *Werther* y se amaban.

Cuando dos jóvenes alemanes o de cualquier nacionalidad se aman, aunque hayan leído o no el *Werther* se casan o no se casan; sólo sí, que hay que notar esto: cuando se van a casar, nunca se preguntan si son autómatas o no.

–Todos vienen, menos Fritz, ¿dónde estará Fritz? –se preguntaba el burgomaestre, haciendo un gesto de desagrado.

Cuando se sentaron a la mesa, Hipknock, de pie aún, dijo en tono solemne:

–¡Amigos míos! Permitidme una pregunta: ¿hay entre vosotros algún autómeta? ¡Decídmelo, por favor!

Todos se miraron entre sí: los unos porque no sabían lo que era un autómeta; los otros porque lo sabían demasiado.

–¿Y Fritz? ¿Por qué no ha venido Fritz?

Nadie lo sabía.

Horacio Kalibang entró a los postres y entregó al burgomaestre una carta de Fritz. Decía así:

“Mi querido primo, burgomaestre Hipknock.

Hermann se me ha anticipado en el corazón de Luisa –no importa– tengo su autómeta, que me amará perpetuamente, sin cambio, ni mudanza, porque será mi amor grabado de un modo indeleble en las respuestas sinceras de sus resortes. Que sean felices, serán mis votos. Te he acompañado como autómeta durante la noche en que, reunidos en tu casa, celebramos el natalicio de Luisa; como autómeta he ido contigo, al día siguiente, a la fiesta de Oscar Baum. Oscar Baum, soy yo: no te espantes, pariente. Ya que Horacio Kalibang es un autómeta, también. Cuando Luisa tenga hijos, esa máquina humana les enseñará, con métodos especiales, todo lo que deban aprender. Para ello lo envió, es un regalo de boda. Aunque con forma de hombre, es un libro. Es el único ser a

quien se le debe confianza. Soy bastante grande, noble y rico para que me creas poderoso. Tú has sido testigo.

Tengo el mundo en mis manos, porque lo manejo con mis autómetas.

Cuando, sumergido en el torbellino de la política, encuentres algún personaje que se aparte de lo que la razón y la conciencia dictan a todo hombre honrado... puedes exclamar: es un autómeta.

Cuando, sumergido en las grandes batallas del pensamiento, tu adversario científico llame en su apoyo los misterios de la fe, puedes exclamar... ¡es un autómeta!

Cuando veas un poeta que te pinta lo que no siente, un orador que adula al pueblo; un médico que mata, un abogado que miente, un guerrero que huye, un patriota que engaña, un ilustrado fanático y un sabio que rebuzna... puedes decir de cada uno de ellos ¡es un autómeta! Sí, Hipknock, sí: he llenado el mundo con los productos de mi fábrica.

Recuerda con frecuencia a Oscar Baum, o si quieres, a tu primo Fritz. Persiste en tus ideas: ¡son la luz del porvenir!

Un abrazo a todos.”

Al leer esta carta, las lágrimas corrían por las mejillas del burgomaestre.

Cuando su hija Luisa, ya esposa de Blagerdorff, se despedía, le dijo estas palabras al oído:

–Serás feliz, hija mía, porque hay algo grande y noble

que vela por ti. Tendrás hijos, si obedeces, como todo el mundo, al automatismo orgánico; yo seré el más feliz de los abuelos, ya que soy el más desgraciado de los primos; y cuando tenga un nieto, que será mi gloria y encanto, yo sabré decirle, y si muero, díceselo tú: "Hijo mío, antes de esparcir los aromas que broten de tu corazón, examina con cuidado si no es un autómeta la copa que los recibe".

El lector tocará los demás resortes.

Eduardo Ladislao Holmberg nació en Buenos Aires en 1852. Destacado naturalista, se desempeñó, además, como escritor y hombre público. Se recibió de médico en 1880, pero nunca ejerció la profesión. Realizó estudios sobre botánica, zoología, mineralogía y geología. Empezó viajes de estudios por la Patagonia en 1872 y por el norte del país en 1877. Integró la Sociedad Científica Argentina y fue presidente honorario de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Fue uno de los impulsores del género de ciencia ficción en la Argentina. Entre sus obras se destacan: *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac* (1875), *La pipa de Hoffman* (1876), *Horacio Kalibang o los autómatas* (1879), *Viaje por la Patagonia* (1872), *Dos partidos en lucha: fantasía científica* (1875); *Resultados científicos, especialmente zoológicos y botánicos de los tres viajes llevados a cabo en 1881, 1882 y 1883 a la sierra de Tandil*, (1884-1886), *Flora de la República Argentina* (1895), *La bolsa de huesos* (1896), *Olimpio Pitango de Monalia: edición príncipe* (1991), *Cuentos fantásticos* (1994). Falleció en Buenos Aires en 1937.


bibliomóvil conabip

bibliomóvil es una biblioteca circulante que hace llegar el libro y la lectura a todos aquellos que por razones geográficas, sociales o económicas no acceden a los servicios culturales que ofrecen las bibliotecas.

Están equipados con material bibliográfico y multimedial para niños, adolescentes y adultos; computadora, cine y televisión, sonido y audio, impresora y conexión a internet.



bibliomóvil, cultura sobre ruedas.

www.conabip.gob.ar / 0800-444-0068 /  Bibliomóvil Conabip